

ILLICH, IVAN, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor*, FCE, México, 2002

Reseña elaborada por:
FRANCISCO XAVIER GONZÁLEZ Y ORTIZ

El “Didascalicon” de Hugo de San Víctor (1096-1141) es el primer libro escrito sobre el arte de la lectura y es también, como ahí mismo lo consigna el propio Illich, el texto (de él, de Illich) que con su obra, lo cual no es poca cosa.

Hacia el año 1150 de nuestra era, sostiene Illich, la página de vino texto, hasta antes de ese entonces era más bien una partitura. Aclaremos que una partitura es un registro complejo, sólo para especialistas, para músicos en este caso; un “texto musical” es algo que exige un conocimiento previo de la denominación musical. Provisto de una buena cantidad de conocimientos previos, puede entonces el músico descifrar la notación, producir la música, hacerla sonar, darle vida.

Por eso la página escrita era al principio más una partitura que un texto, pues había que primero hacerla sonar para que la entendiera el lector y quienes lo escuchaban. Leer era una actividad muy difícil, había que descifrar lo escrito y eso sólo lo podían hacer unos cuantos. Así pues lo primero era leer en voz alta, y sólo entonces el lector empezaba a entender, pues hasta ese momento en que hacía “sonar las ideas” (por que no es tan separadas en frases y ni siquiera, bien a bien, en palabras),

podía realmente oír las ideas, en entenderlo que estaba escrito.* Lec tu ra y tex to era algo que se pen sa ba como una sola cosa por los oyen tes. In clu so la gen te se sor pren día y pen sa ba que la lec tu ra era ma gía, por que creía que las pa la bras so no ras es ta ban en el tex to, que los so ni dos es ta ban den tro de él. En ese en ton ces no ha bía na die que le ye ra sólo viendo las palabras, como únicamente muchos años después empezó a ha cer se; de hecho se leyó en voz alta durante un siglo y medio antes de “descubrirse” que se podía leer sólo para uno mismo. La lectura en silencio tuvo que esperar ciertos desarrollos, como los signos de puntuación (una manera de separar, de decir “esta idea ter mi na aquí y lo que si gue sólo está re la cio na do, o es dis tin to, o es to tal men te dis tin to”, et cé te ra). Adi cio nal men te la es cri tu ra me die val, que es la que abor dan tanto Illich como Hugo de San Víctor, era una *Scriptio continua*, que a primera vista y en los primeros textos no estaba diferenciada en palabras (tal como lo está ahora) y cuyalec tura se di fi cul ta ba por que—no me im por ta re pe tir lo—ha bía que em pe zar a leer en voz alta para em pe zar a en ten der, y te nía que ha cer lo al guien que su piera, y éstos eran apenas unos cuantos superprivilegiados, que generalmente les leían a los de más. Ha bía pues que em pe zar a leer, es de cir a “so no ri zar” el dis cur so y sobre la marcha ir entendiendo, o ya haberlo leído antes (siempre en voz alta) para tener una idea de lo que estaba escrito. El texto mismo, entonces, no estaba total o real men te se pa ra do de lo oral: cuan do em pe za ba a leer se ahí em pe za ban los otros a es cu char y tam bién el lec tor, (por eso la com pa ra ción que hace Illich con la no ta ción mu si cal). La fal ta de pun tua ción era, como ya di ji mos, una di fi cul tad adi cio nal, pero tam po co, me nos aún, es ta ban los tex tos se pa ra dos por ora cio nes o fra ses, pá rra fos o por partes o secciones. Así luciría hoy una *Scriptio continua*:

algo que es realmente difícil de entender y que fue desarrollándose con el tiempo

Veamos cómo luce esto mismo ahora:

algo que es realmente difícil de entender y que fue desarrollándose con el tiempo

Pero además y en tre otras co sas los ma nus cri tos me die va les no so lían te ner tí tu lo y se no m bra ban se gún sus pa la bras ini cia les lla ma das *Incipit*, elec ción que le per mi tía al au tor e vo car la tra di ción en la cual que ría que se si tua ra su tra ba jo. Am pli a ción de la ana logía con la mú si ca, Illich nos dice que un *Incipit* es más bien como un acorde, es de cir un con jun to de no ta to ca das al uní so no, que ins tau ra o de ter mi na un to no o una to na li dad en la que se va a de sar rol lar prin ci pal men te una pie za mu si cal. La to na li dad, que es lo que tam bién deter mi na el acorde (re mayor, sol menor, et cé te ra) es, jun to con la in di ca ción so bre el tiem po en que debe to car se, lo pri me ro que apa re ce en una par ti tu ra mu si cal

Di ga mos tam bién que **didascalía** es la pa la bra grie ga que de sig na los asun tos re la cio na dos con la in truc ción. De este vo ca blo pro vie ne tam bién di dác ti ca, pero en

* No es seguro pero sí probable que por esa razón en francés “*entendre*” signifique en su primera acepción “oír”, y que “entender” sólo aparezca como segunda acepción.

Hugo de San Victor esta guía (didascalia) se proponía ayudar al estudiante (todos eran monjes) a captar el bien, llevar al alumno a la sapiencia, pues “...en la sabiduría reside la forma del bien perfecto”. Para Hugo la lectura es una técnica curativa de carácter ontológico; aprender y leer son dos formas de buscar a Cristo, porque la humanidad caída tiene la necesidad de “...reunirse con la sabiduría”. Para Hugo lo más importante eran “...las virtudes que se necesitaban para la ‘lectura’ y que se desarrollaban con ella” (p. 16), y por eso ofrece una docena de reglas que habrían de moldearlos hábitos que el lector (monje) debería adquirir para que su esfuerzo lo llevara a la sabiduría y no a la mera acumulación de conocimiento. Illich se encarga de aclararnos mayormente las cosas poniendo las en contexto, pero lo que nos dice nos ayuda a ver que lo que Hugo recomendaba nos alcanza todavía como lectores modernos, pese a que estos consejos estaban dirigidos a sus monjes.

Será bueno, creo, volver por un momento a tiempos previos a los alfabéticos para apreciar mejor los grandes avances que implicó el conocimiento de los caracteres alfabéticos. Efectivamente, antes del alfabeto el asunto era más complicado porque no existían las unidades mínimas que hoy denominamos fonemas, y que es lo que caracteriza a un lenguaje alfabético, se conocían las sílabas, pero esto significaba que había que conocer (y memorizar) cientos de ellas para poder leer cualquier cosa, o bien—todavía antes en el tiempo—había que conocer signos complejos (ideogramas o pictogramas o jeroglíficos) para poder leer. Esto explica por qué eran tan pocos los que sabían leer y el poder que esto les daba. El lenguaje alfabético, descubierta hacia el año 400 a. C. pero divulgado realmente hasta mucho después (a la cultura griega, por ejemplo, la escritura alfabética le llegó hacia el siglo VIII a de C. y empezó a aprovecharse verdaderamente sólo mil años después), le permite a la humanidad dar un salto enorme, pues está generalmente hecho tan sólo por cerca de una treintena de letras (hoy, fonemas). Lo cual, sin embargo, lo modifica todo, porque su aprendizaje se facilita grandemente y cualquier puede aprenderlo. (Esto cambió tanto al mundo como la imprenta lo hizo en sus días y hoy lo está haciendo la computadora). El impacto causado en ese entonces en las culturas occidentales fue inconmensurable, no fácilmente pensable. Todo se modifica, pero naturalmente obedeciendo a incontables desarrollos adicionales que van sucediendo lenta e históricamente: la puntuación, la separación de las palabras, los párrafos, las partes o secciones, etcétera. Sin embargo lo más importante sigue siendo que el aprendizaje de la lectura y escritura de un lenguaje (en principio el del latín) dejaban de ser cosa de sólo unos cuantos iniciados, como fueron los años que se reúnen en este libro, y se convertía en algo que cualquier podía aprender, en propiedad universal de la humanidad. Antes más bien se registraban las ideas en un código complejo y difícil, “más bien una partitura”; a partir de la divulgación del alfabeto (pero recordemos que esto llevó muchísimos años), se “visualizan” los sonidos y los caracteres alfabéticos registran sonidos; es decir, cada sonido, y no las ideas, como se hacía antes. El grado de abstracción deviene en entonces enorme, se puede leer todo, se puede escribir todo y es entonces, nos dice Illich, cuando el lector puede entrenarse y aprender a pronunciar cosas que

nunca ha oído anteriormente. Y también, pero poco a poco, se van haciendo más claras otras nociones, como la de palabra, la fragmentación del discurso en palabras, que sólo se establecerá sólidamente hasta llegado el Renacimiento. (*Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Ducrot y Todorov, p. 235). También es éste un paso enorme que significó, mucho tiempo después, que las palabras fueran concebidas como átomos de enunciados y que el acto de hablar pudiera concebirse como la producción de un lenguaje que podía ser analizado en unidades discretas.

Volvámos adonde estábamos con Illich, de cenas de años después en unos cuantos casos (y en otros cientos de años después) de que surgen y se difunden los caracteres alfabéticos (los historiadores difieren bastante en estas apreciaciones debido a que el desarrollo fue muy anárquico). La población en general empieza apenas a darse cuenta de que **El Latín** no era una lengua sagrada y la única que podía escribirse, sino que paulatinamente van haciéndose conscientes de que las propias lenguas que ellos hablan, son susceptibles de ser escritas, porque **también** son un idioma, y que existen otros, y que todos ellos se pueden escribir (y leer). No hay que olvidar que estamos en la región donde nacieron las lenguas romances, emparentadas muy de cerca con el latín. Illich nos informa (en una de sus tantísimas notas al pie, en la p. 90) que los dialectos que los novicios hablaban en sus casas casi nunca se escribían y ni siquiera se concebían en ese entonces como lenguas maternas, y que no había una manera de analizar la lengua vernácula en sílabas o palabras, pues las “[...] historias narradas en lenguas romances o germánicas todavía seguían las reglas de las sociedades orales, manejando como el agua, aun cuando la época de la poesía épica hacía ya tiempo que había terminado y los cronistas recogían a veces esas historias (normalmente en latín)”. De hecho, “Los discípulos de Hugo [son] los últimos latínistas medievales para quienes lectura, escritura y latín eran lo mismo” (p. 89), el lenguaje sagrado, aquel que según Hugo “...le devuelve al mundo la luz que éste ha perdido debido al pecado.” (p. 32). Pero yo estoy dando saltos históricos enormes, Illich es, por supuesto, más medurado. Hoy lo damos todo por sentado en cuanto al lenguaje, particularmente en cuanto al lenguaje escrito; sólo leyendo libros como éste podemos obtener un poco de luz a este respecto. Illich también nos informa que el alfabeto ya existía para ese entonces que nos relata, pero que el único lenguaje que se escribía era el latín, como si éste ejerciera un monopolio, y que el alfabeto romano ni siquiera se utilizó para escribir el latín que la gente hablaba realmente. Lo que les sucedía a los legionarios romanos era que adoptaban el acento del lugar y con ello su latín dejaba de sonar como lo que hablaban en sus hogares, pues las cadencias y pronunciaciones eran distintas, lo cual modificaba mucho las cosas. Pero “[...] desde la antigüedad hasta la época de Hugo [SXIII] el alfabeto romano no se utilizó en ningún lado (desde el Mar Negro hasta España) para poner por escrito lo que la gente decía en el habla ordinaria.” (96). Y de repente, mil años después de ya es tardisponible un mecanismo artificial sumamente rico y complejo, empieza a ser empleado para registrar el habla real, y apenas en tonces las “lenguas maternas distintas al latín empezaron a ponerse por escrito”.

Para Hugo de San Victor el asunto era claro: “la página del libro: [es el] remedio supremo porque permite, a través del *studium*, recuperar en parte lo que su naturaleza [la del lector] requiere pero su pecaminosa oscuridad interna ahora le deniega.” (p.33). Él quería que el lector se enfrentara a la página y que por medio de la luz de la sabiduría descubriera “...su yo en el espejo del pergamino”. Es decir, la lectura, le revelaría al lector-monje, su propio yo. Naturalmente que para ello, recomendaba “..buscar las palabras de los sabios y mantener las siempre ante los ojos como un espejo ante su rostro.” (p.28). Además Hugo establecía pasos que había que seguir: 1º hacer una lectura literal, 2º hacer una interpretación alegórica (“encaminada a la eliminación de las cosas tumbres”) y 3º hacer (el lector) un reconocimiento personal de que él también tenía su lugar dentro de ese orden. Aquí, en la cita 46 del primer capítulo (p. 37), Illich nos trae a colación un comentario crítico interesante de Louis Dumont, quien, por ejemplo, a diferencia de esta manera cristiana de ver las cosas “...insiste en el contraste entre la valoración del individuo independiente y autónomo que se hace en la India y el que se hace en el Occidente cristiano. Lo que caracteriza al individuo occidentales que, bajo la influencia de la Iglesia, las instituciones mundiales europeas se construyeron al rededor de un ser ‘moral’ esencialmente no social.” Pero es que los monjes de la época medieval tenían que ser educados como seres morales y esencialmente no sociales, aun que ésta es una idea personal que podría no ser compartida, y aun que después, como por ahí también lo indica Illich en su apartado crítico, surgieron los monjes itinerantes, que ciertamente iban al encuentro del mundo y, por tanto, tenían que ser “sociales”.

El interés principal de Illich es la formación histórica de la noción de texto; es decir, cómo éste deja de ser una partitura para convertirse en un texto, algo separado de la realidad física de una página. Quiere saber cómo la escritura fue transformándose en lo que hoy es, y para ello él se concentra en Hugo de San Victor y el contexto que lo rodeaba, que es uno de los rasgos más sobresalientes del texto de Illich. El *Didascalicon*, se nos informa, era una guía para los estudios importantes que se cursaban en un claustro, y donde la lectura estaba considerada como un camino hacia la sabiduría, que de acuerdo con Hugo era lo primero que había que buscar de entre todas las cosas. En esa tradición había que ayudar al estudiante a captar el BIEN por que el remedio último era Dios. Para Hugo la lectura era una técnica curativa, el remedio “...que le devuelve al mundo la luz que éste ha perdido debido al pecado.” (p.32) Ésas eran las preocupaciones que circulaban en la época en un contexto necesariamente reducido: lo que sucedía en los conventos no era todo lo que sucedía en el mundo, sólo que la lectura es algo que empezó a desarrollarse principalmente en los conventos. Pero es muy abundante lo que se ha escrito sobre la lectura (y la escritura) y también existen grandes divergencias, este libro echa luz sobre muchas de estas cosas, por eso es tan recomendable su lectura, por su enorme cuidado, por su documentación tan erudita. Sólo me resta pedirle disculpas al lector por la cantidad de citas y por otras que no di completas (aunque sí entrecomilladas), pero un aparato crítico como el de Illich lo obliga a uno a precisar e intentar mantener su rigurosidad.

